

FRANCISCO SEGOVIA

Palabras silvestres

A Pepita

1

Estabas allá
hundida en la espesura
y yo te miraba desde lejos...

Te soltaste de mi mano,
de mí, de este sendero
donde a menudo venimos
a ver el mundo.

Yo escuchaba tu voz, y cómo
también ella iba a soltarse poco a poco
—como una gota de miel
que morosamente adelgaza su tallo
y se desprende del panal...

Te acogió entonces un limbo de silencio...

Crujían las hojas a tu paso —es cierto—
y zumbaban los insectos en el aire,
pero tú ibas en la tibieza de un halo
sin palabras...

2

Ajena y alejada ¿sólo tu imagen
te entregaba entera y plena
a la comunión de las cosas
de este mundo —o era también
tu silencio solitario de mujer
lo que ponía en ellas esa aura
de emoción y dicha?

3

Tú estabas allá, hundida
en la salvaje espesura
(pero ¿qué bosque encantado
no es un bosque salvaje?)
y yo te miraba desde el sendero...

4

Todo se vuelve salvaje
si tu voz no suena, todo

viene a mí con su tumulto,
a mostrarme la maraña que es
si tu voz no suena
desconsoladamente
si tu voz no suena.

5

—¡Vuelve, abeja reina, a tu panal!

y te miraba —como miran quizá
los árboles y el agua
a las ninfas, a los duendes y a las hadas—

—¡Vuelve, abeja reina, a tu panal!

6

¡Qué voz me pide el bosque para sí!

Qué voz para decirte a ti —¡a ti!—
que eres su miel y su agua y su deleite,
su moho, su musgo y la humedad que necesita
para modelar el barro de sus cosas,
su paraje sombrío y su ámbito encantado,
pero sobre todo el silencio
con que también él quiere callarse.

¡Qué voz me pide el bosque para ti!

7

Te soltaste de mi mano,
de mí, de este sendero
que a menudo recorremos.

Y otra vez busqué la voz salvaje
con que te busca el bosque
sin hallar...

sino estas pocas palabras silvestres.

Estas pocas palabras silvestres
que sin embargo bastan. —